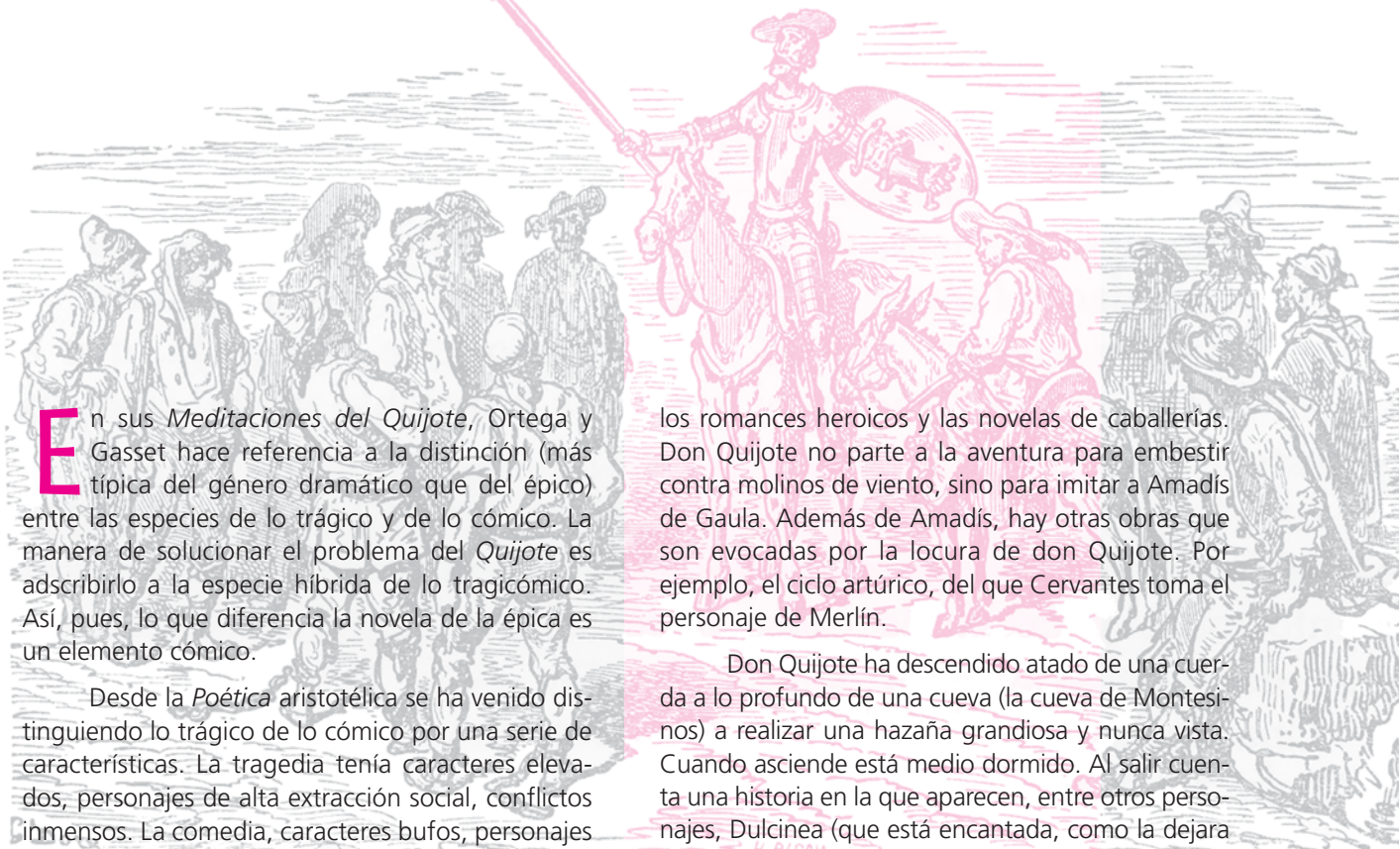


El Quijote y la épica

Gonzalo Larumbe Gutiérrez



En sus *Meditaciones del Quijote*, Ortega y Gasset hace referencia a la distinción (más típica del género dramático que del épico) entre las especies de lo trágico y de lo cómico. La manera de solucionar el problema del *Quijote* es adscribirlo a la especie híbrida de lo tragicómico. Así, pues, lo que diferencia la novela de la épica es un elemento cómico.

Desde la *Poética* aristotélica se ha venido distinguiendo lo trágico de lo cómico por una serie de características. La tragedia tenía caracteres elevados, personajes de alta extracción social, conflictos inmensos. La comedia, caracteres bufos, personajes plebeyos, anécdotas ínfimas y risibles.

Pero, desde el principio, han existido también en la épica las especies de lo trágico y lo cómico. Existió frente al poema épico, al estilo de la *Ilíada*, el poema heroico-cómico, que tiene su paradigma en la *Batracomiomaquia*, representación paródica a su vez de la gran epopeya homérica, mediante la narración de un hecho que quiere ser trágico pero donde los personajes son ridículos (se trata de un combate entre animales).

Esta influencia del poema heroico-cómico se ve, claramente, en el *Quijote*, en el capítulo XVIII de la primera parte, cuando Don Quijote enviste contra un rebaño de carneros. Don Quijote ve dos rebaños de carneros, a los que toma por dos ejércitos, uno moro y otro cristiano, cuyas filas va enumerando el caballero, al modo homérico. Entre los episodios que recuerdan a la época antigua, cabe destacar el del barco encantado (capítulo XXIX). Las aventuras marítimas son un *topos* de la épica, y vienen fácilmente a la mente las aventuras de Ulises.

Si el *Quijote* tiene puntos de contacto con la épica antigua, muchos de sus elementos están tomados de ficciones más modernas: me refiero a

los romances heroicos y las novelas de caballerías. Don Quijote no parte a la aventura para embestir contra molinos de viento, sino para imitar a Amadís de Gaula. Además de Amadís, hay otras obras que son evocadas por la locura de don Quijote. Por ejemplo, el ciclo artúrico, del que Cervantes toma el personaje de Merlín.

Don Quijote ha descendido atado de una cuerda a lo profundo de una cueva (la cueva de Montesinos) a realizar una hazaña grandiosa y nunca vista. Cuando asciende está medio dormido. Al salir cuenta una historia en la que aparecen, entre otros personajes, Dulcinea (que está encantada, como la dejara capítulos atrás), Montesinos y Merlín. Según el relato que hace don Quijote de la aventura de la cueva de Montesinos, el propio Montesinos le dice a don Quijote que él y el caballero Durandarte llevan en ese lugar muchos años sin conocer la muerte, ya que han sido encantados por el sabio Merlín

Esa visión evocadora y grandiosa, que ahora viejos tiempos (llevan quinientos años encantados) se compadece bien con el gusto por la magnificencia y la añoranza de don Quijote (que en la primera parte ya había hecho un discurso de la Edad de Oro). El descenso de don Quijote al abismo es una especie de descenso al Hades, como el de Ulises en la *Odisea* o Eneas en la *Eneida* o un descenso a los infiernos como el del Dante en la *Divina Comedia*. Es una visión crepuscular de un Cervantes ya anciano. De cualquier modo, la aparición de Merlín es grandiosa. En cierto modo es una aparición para el lector medio, que conoce al mago Merlín pero, a lo mejor, no sabe quién es Ariosto. Sociológicamente es quizá el personaje más conocido y difundido de todos los que se nombran en la obra, quizá más aún que don Quijote, puesto que a Merlín lo conoce gente que no ha leído un libro. En un momento dado, Montesinos le dice a Durandarte que Merlín



ha profetizado las grandes hazañas que en el futuro llevará a cabo don Quijote.

Este fragmento es fundamental para entender esta Segunda Parte, en que se realizan tantas de las esperanzas de don Quijote, aunque sea de una manera patética. Si ha conseguido ya aparecer en un libro (la primera parte del *Quijote*), ahora se entera de que el sabio Merlín ha profetizado sus hazañas desde hace largos siglos. Además, desde la perspectiva del lector actual, diríamos que don Quijote viene avalado por el paradigma de los magos, el más famoso mago de todos los tiempos. Lástima que todo sea un sueño de don Quijote y, además, el capítulo es apócrifo.

Merlín aparece otra vez en el capítulo XXXV de la Segunda Parte. En este capítulo, en medio de la noche, como una aparición espectral aparece un cortejo de hombres portando teas, y entre ellos uno, en figura de la muerte, que recita un poema en el que dice ser Merlín: *"Yo soy Merlín, aquél que las historias / dicen que tuve por mi padre al diablo / —mentira autorizada de los tiempos— / príncipe de la mágica y monarca / y archivo de la ciencia zoroástrica, / émulo a las edades y a los siglos / que solapar pretenden las hazañas / de los andantes bravos caballeros"*

Al final la profecía que propone es que Dulcinea será desencantada siempre que Sancho se aplique tres mil trescientos azotes. La aparición que había aparecido con tal esplendor mágico acaba

con acento burlesco, evidenciando que estamos en una parodia (de hecho la aparición de Merlín es sólo una estratagema urdida por los duques). Merlín reaparece citado otras veces, como reaparece el tema de los azotes que don Quijote está dispuesto a hacer sufrir a su escudero en beneficio de Dulcinea. Es interesante observar que Cervantes imagina a Merlín entre libros de ciencias ocultas y escribiendo extraños caracteres (quizá letras judías o árabes). Se sabe de la importancia que tiene en el hermetismo y las religiones orientales la escritura. Por otro lado es interesante que, en el poema, Merlín aparece evocado en una cueva lóbrega, es decir un lugar oculto y hermético: *"En las cavernas lóbregas de Dite / donde estaba mi alma entretenida / en formar ciertos rombos y caráteres..."*.

Cervantes era consciente de hasta que punto el lenguaje tenía un poder mágico, que hacía (y hace) configurar de un modo u otro la visión de lo real. Con la presentación de un protagonista autístico y profundamente alienado de lo real, Cervantes nos plantea el gran abismo existente entre el mundo ideal, y el mundo real cotidiano. Con Cervantes, quizá por primera vez, la historia deja de ser "historia" y se transforma en literatura: el lenguaje abandona el mundo de las empiricidades y se pliega sobre sí mismo. De ahí la importancia de las citas de otras obras (la épica homérica, la literatura de caballerías), que evidencian que es un libro que no trata sobre hechos reales, sino sobre esa enorme aventura que es la literatura.

